

Crónica de una Zona de Sacrificio

Mi casa está en un lugar llamado Progreso. Un nombre que cuelga de la entrada del pueblo como un adorno oxidado, que suena a promesa incumplida, una ironía tallada en aire con CO₂. Desde mi ventana, el horizonte no lo dibujan cerros verdes, sino las torres grises de la cementera y la antorcha eterna de la refinería Miguel Hidalgo, que queman el día y la noche, convirtiendo el amanecer en un ocaso perpetuo. Este es el paisaje de la Zona de Sacrificio, un título otorgado no por la poesía, sino por la cruda geopolítica de un sistema que decide quién vive en el jardín y quién se pudre en el subsuelo. Este término crudo significa que ya no importa intentar salvar el medio ambiente o a sus habitantes, sino apenas contener en la mayor medida posible los desastres que causa la contaminación.

Aquí, el progreso huele a azufre y suena como un silbido constante. Es la Refinería Miguel Hidalgo, un leviatán de acero que escupe 76.65 millones de barriles al año para exhalar su humareda sobre nosotros. Es la termoeléctrica Francisco Pérez Ríos, una bestia que ilumina cinco millones de hogares ajenos que huelen a 125,000 toneladas de SO₂, envenenando el cielo que compartimos. Es un ejército de 45 minas a cielo abierto y cementeras que mastican la tierra, desangrando los cerros hasta dejarlos en los huesos, marcando la geografía con una cicatriz abierta. Este es el precio de nuestro progreso, fríos números que se calientan en nuestra piel, se nos meten en los pulmones y nos lo cobran en células mutantes. Cada respiro es un recordatorio de que el aire, ese bien común, ha sido privatizado por la contaminación.

Pero hubo un tiempo antes del humo, un tiempo de raíces profundas. Mis padres aún recuerdan el rumor de un mundo vivo, un susurro que venía de la tierra misma. Este pueblo, donde mi familia echó raíces hace un siglo, era un lugar olvidado por la mano de Dios, pero bendecido por la tierra. Era un bioma completo, una sinfonía de vida donde cada criatura tenía su parte. El recuerdo más doloroso no es lo que hay, sino de lo que ya no está, el verano ya no se enciende con el baile de las luciérnagas, esas pequeñas hadas que han sido apagadas por el resplandor químico. El árbol frente a mi cuarto ya no alberga a esa pareja de urracas de amarillo vibrante y azul intenso, esos destellos de color en la monotonía del campo ya no volverán. Solo quedan cuervos y gorriones, especies que como nosotros, han aprendido a sobrevivir en la resiliencia tóxica. Nos hemos convertido en especies adaptadas al veneno, aprendiendo a vivir con los por menores de la catástrofe.

El agua, el origen de toda vida trae la sombra de la muerte, se ha vuelto traidora. La Presa Endhó es el sumidero donde confluyen las aguas negras del Valle de México y los desechos industriales de nuestro martirio, un caldo de cultivo para metales pesados y desesperanza. De sus entrañas envenenadas, se riegan los cultivos que alimentan a una ciudad indiferente,

completando un ciclo perverso de violencia invisible: el veneno que producimos para el progreso de otros vuelve a nosotros en la comida, en el agua, en el aire. Este veneno permeable ha contaminado los pozos, ha viajado silencioso por las tuberías y ha florecido en tumores en los cuerpos de aproximadamente 15,000 almas. El cáncer ya no es una enfermedad; es una sombra que se hereda, un impuesto corporal por el progreso ajeno, una factura que el presente le pasa al futuro. Mi madre lo paga. El Centro Regional Oncológico no es un triunfo de la medicina; es el curita que el Estado pega sobre una herida abierta por el mismo sistema, un recordatorio mudo de que solo actúan cuando el mal ya está hecho, cuando el veneno ya ha cumplido su tarea silenciosa. Es la arquitectura de la resignación.

Frente a esta maquinaria de sacrificio, la frase de Chico Mendes me resuena como un trueno veraz: **“Ecología sin lucha de clases es solo jardinería”**. Criticar esto no es ideología; es autopsia. Es entender que una agenda climática desligada del capitalismo es como podar las ramas de un árbol cuya raíz está podrida. El sistema lo incorpora todo, incluso nuestra resistencia. Nos convierte en “consumidores morales” dentro de su mercado, nos hace puntos de información en su red, nos obliga a financiar con nuestros impuestos el mismo veneno que nos mata. Nos divide entre quienes reciclan con culpa y quienes sobreviven entre tóxicos, ocultando que la verdadera fractura no es entre individuos, sino entre los que sacrifican y los sacrificados.

Y el monstruo, en su agonía, se vuelve más voraz. El nuevo plan de Pemex para la Huasteca no es una solución; es la metástasis del mismo modelo. Detrás de eufemismos técnicos como “yacimientos de geología compleja” se esconde el fracking, un acto de desesperación que fractura la roca y nuestros cimientos, que inyecta químicos en el vientre de la tierra para exprimir hasta la última gota de un recurso que ya nos está matando. Llegamos al pico del petróleo convencional y la respuesta no fue una transición justa, sino una profundización de la violencia, una huida hacia adelante intoxicada por la arrogancia. Lo que se avecina no es una simple crisis; es el decrecimiento brutal de quien nunca supo soltar la teta de la gallina de los huevos de oro, el colapso de quien confundió el dominio con la sabiduría.

La creencia arrogante de que somos el pináculo de la creación nos tiene envenenando el agua, matando la tierra y asfixiando el cielo. Operamos bajo la ilusión infantil de que podemos vivir separados de la naturaleza, de que nuestra tecnología nos salvará de las consecuencias de haberla violado. Pero la física es implacable. La biología no negocia. Al final, no necesitaremos un invierno nuclear para entenderlo nos bastará el otoño despreocupado de nuestra propia arrogancia, cayendo sobre nosotros, hoja a hoja, tumor a tumor, hasta cubrirlo todo con un manto silencioso de consecuencias. Un otoño donde el único progreso que valdrá la pena recordar será el de haber aprendido, demasiado tarde, que el único mundo que teníamos era este, y que lo cambiamos por ilusiones que llamamos Progreso.